



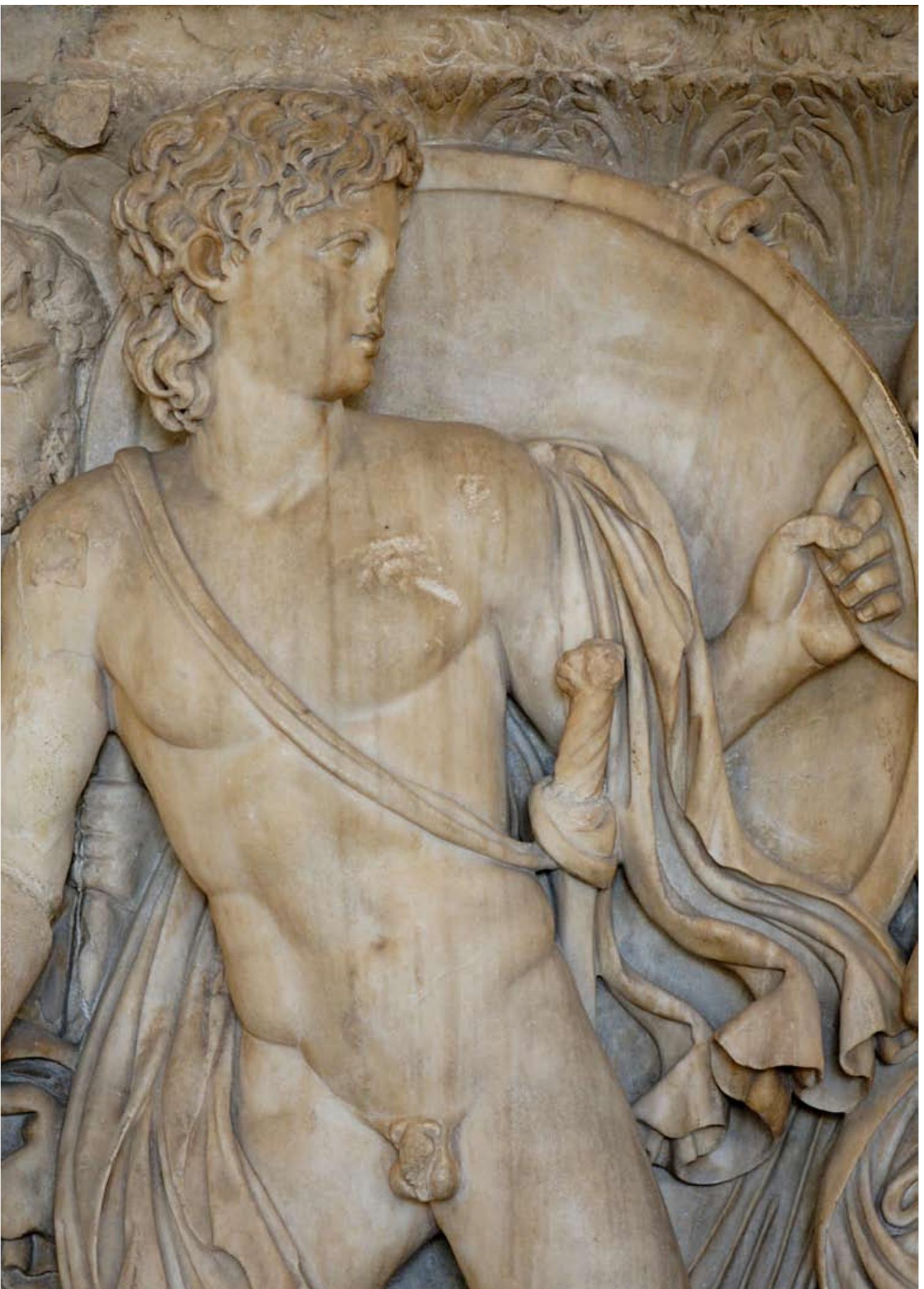
Homero.

“A MENUDO SE RENIEGA DE *los maestros supremos*; se rebela uno contra ellos; se enumeran sus defectos; se los acusa de ser aburridos, de una obra demasiado extensa, de extravagancia, de mal gusto, al tiempo que se los saquea, engalanándose con plumas ajenas; pero en vano nos debatimos bajo su yugo. Todo se tiñe de sus colores; por doquier encontramos sus huellas; inventan palabras y nombres que van a enriquecer el vocabulario general de los pueblos; sus expresiones se convierten en proverbiales, sus personajes ficticios se truecan en personajes reales, que tienen herederos y linaje. Abren horizontes de donde brotan haces de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil; proporcionan motivos de inspiración, temas, estilos a todas las artes: sus obras son las minas o las entrañas del espíritu humano” (François de Chateaubriand: *Memorias de ultratumba*, libro XII, capítulo I, 1822).

**L**os *maestros supremos* son los escasos escritores –*genios nutricios*, dicen algunos– que satisfacen cabalmente las necesidades del pensamiento de un pueblo, aquellos que han alumbrado y amamantado a todos los que les han sucedido. **Homero** es uno de ellos, el genio fecundador de la Antigüedad, del cual descienden Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio. **Dante** engendró la escritura de la Italia moderna, desde Petrarca hasta Tasso. **Rabelais** creó la dinastía gloriosa de las letras francesas, aquella de donde descienden Montaigne, La Fontaine y Molière. Las letras inglesas derivan por entero de **Shakespeare**, y de él bebieron Byron y Walter Scott. Y las letras castellanas siempre saben remitirse a **Miguel de Cervantes**. La originalidad de estos *maestros supremos* hace que en todos los tiempos se los reconozca como ejemplos de las bellas letras y como fuente de inspiración de cada nueva generación de escritores. Esta sección de la *Revista de Santander* solamente estará abierta para ellos, para permitirles que continúen inspirando la voluntad de perfeccionamiento constante de los nuevos escritores colombianos.

Esta cuarta entrega acoge el fragmento inicial del *Canto* segundo de la *Iliada*, la obra inmortal del poeta griego antiguo que llamamos Homero, en la versión castellana que debemos a Emilio Crespo Güemes y José Manuel Pabón. Los cantos de la *Iliada* fueron compuestos hacia finales del siglo VIII antes de Cristo, inaugurando el género de la epopeya en la tradición literaria europea. Su autor heredó la obra de una larga serie de poetas de oficio que componían según las técnicas de la oralidad memoriosa y con él terminó la poesía épica de tradición oral, un arte anterior a la introducción de la escritura. Nada más se sabe de este autor, aunque siete antiguas ciudades griegas se disputan su cuna.

Aquiles,  
Museo de Louvre, París.





Zeus, sentado  
en su altar.

## CANTO II

Los demás dioses y hombres, dueños de carros de guerra, durmieron toda la noche, mas el grato sueño no dominaba a Zeus, que dudaba en su mente cómo honrar a Aquiles y aniquilar a muchos sobre las naves de los aqueos. Y he aquí el plan que se le reveló el mejor en su ánimo: enviar sobre el Atrida Agamenón al pernicioso Ensueño. Y, dirigiéndose a él, le dijo estas aladas palabras: “Anda, ve, pernicioso Ensueño, a las veloces naves de los aqueos, y entra en la tienda del Atrida Agamenón y declárale todo muy puntualmente como te encargo: ordénale que arme a los aqueos, de melenuda cabellera, en tropel; ahora podría conquistar la ciudad, de anchas calles, de los troyanos, pues los dueños de las olímpicas moradas, los inmortales, ya no discrepan, porque a todos ha doblegado Hera con súplicas, y los duelos se ciernen sobre los troyanos.”

Así habló, y partió el Ensueño al oír este mandato. Con presteza llegó a las veloces naves de los aqueos y marchó sobre el Atrida Agamenón. Lo encontró durmiendo en la tienda; el inmortal sueño se difundía alrededor. Se detuvo sobre su cabeza, tomando la figura del hijo de Neleo, Néstor, a quien de los ancianos más honra Agamenón. A él asemejándose, le dirigió la palabra el divino

Ensueño: “Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de caballos. No debe dormir toda la noche el varón que tiene las decisiones, a quien están confiadas las huestes y a cuyo cargo hay tanto. Ahora atiéndeme pronto, pues soy para ti mensajero de Zeus, que aun estando lejos, se preocupa mucho por ti y te compadece. Ha ordenado que armes a los aqueos, de melenuda cabellera, en tropel: ahora podrías conquistar la ciudad, de anchas calles, de los troyanos, pues los dueños de las olímpicas moradas, los inmortales, ya no discrepan, porque a todos ha doblegado Hera con súplicas, y los duelos se ciernen sobre los tróvanos por obra de Zeus. Guarda esto en tus mentes, y que el olvido no te conquiste cuando el sueño, dulce para las mentes, te suelte.” Tras hablar así, se marchó y lo dejó allí mismo imaginando en su ánimo cosas que no se iban a cumplir: estaba seguro de conquistar la ciudad de Príamo aquel día, ¡insensato!, no conocía las acciones que Zeus estaba tramando, pues aún iba a causar dolores y gemidos a troyanos y dánaos a lo largo de violentas batallas.

Se despertó del sueño; la divina voz aún se difundía alrededor. Se sentó incorporándose, se puso la suave túnica, bella y recién fabricada, y alrededor se echó el gran manto. En los lustrosos pies se calzó unas bellas sandalias y se colgó a hombros la espada, tachonada de clavos de plata. Cogió el paterno cetro, siempre inconsumible, y con él fue por las naves de los aqueos, de bronceas túnicas. La diosa Aurora subió al vasto Olimpo, para anunciar la luz a Zeus y a los demás inmortales. Él, por su parte, a los heraldos, de sonora voz, ordenó convocar a asamblea a los aqueos, de melenudas cabelleras. Aquéllos fueron pregonándola, y éstos se reunieron muy aprisa.

Mas antes citó a sesión al consejo de magnánimos ancianos junto a la nestórea nave del rey nacido en Pilo. A éstos convocó y les expuso su sagaz plan: «¡Oídme, amigos! El divino Ensueño me ha venido en sueños durante la inmortal noche; sobre todo a

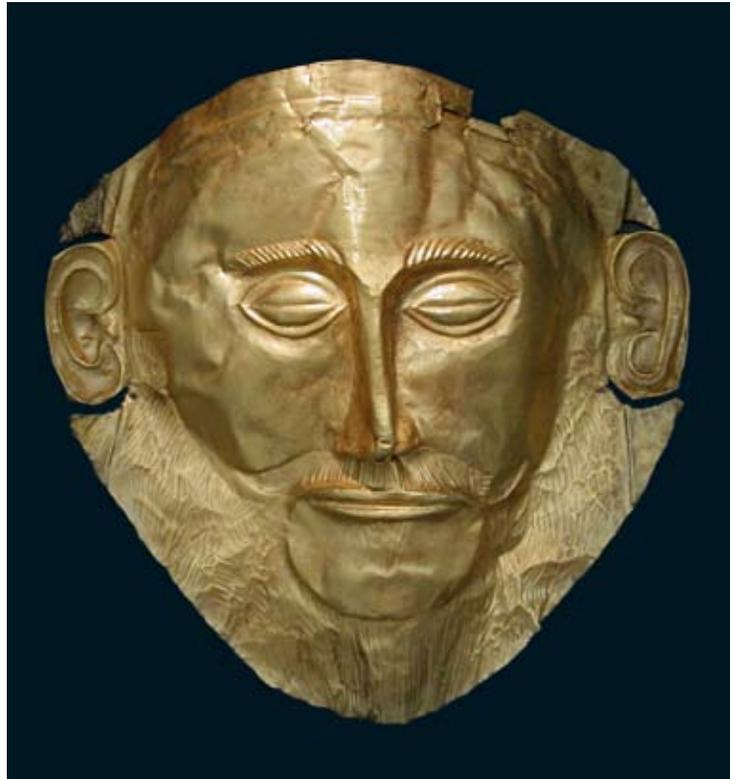
Néstor, de casta de Zeus, en aspecto, talla y naturaleza muy de cerca se parecía. Se ha detenido sobre mi cabeza y me ha dirigido estas palabras:

“Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de caballos. No debe dormir toda la noche el varón que tiene las decisiones, a quien están confiadas las huestes y a cuyo cargo hay tanto. Ahora atiéndeme pronto, pues soy para ti mensajero de Zeus, que, aun estando lejos, se preocupa mucho por tí y te compadece. Ha ordenado que armes a los aqueos, de melnuda cabellera, en tropel: ahora podrías conquistar la ciudad, de anchas calles, de los troyanos, pues los dueños de las olímpicas moradas, los inmortales, ya no discrepan, porque a todos ha doblegado Hera con súplicas, y los duelos se ciernen sobre los troyanos por obra de Zeus. Guarda esto en tus mientes.”

Tras hablar así, ha marchado volando, y a mí me ha soltado el dulce sueño. Ea, veamos cómo logramos que los hijos de los aqueos se armen. Primero yo los probaré con palabras, como es debido, y les ordenaré huir con las naves, de muchas filas de remeros; vosotros procurad por separado retenerlos con vuestros consejos.”

Tras hablar así, se sentó, y entre ellos se levantó Néstor, que era soberano de la arenosa Pilo. Lleno de buenos sentimientos hacía ellos, tomó la palabra y dijo: “¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos! Si algún otro de los aqueos hubiera relatado el sueño, afirmaríamos que es mentira y nos alejaríamos con más razón. Mas lo ha visto quien se jacta de ser el mejor de los aqueos. Ea, veamos cómo logramos que los hijos de los aqueos se armen.” Tras hablar así, fue el primero en salir del consejo, y se levantaron e hicieron caso al pastor de huestes los reyes, portadores de cetro.

Se precipitaron detrás las huestes. Como las tribus de las espesas abejas salen de una hueca roca en permanente procesión, vuelan en racimos sobre las primaverales flores y en multitud revolotean, unas aquí y



Máscara funeraria de Agamenón.

otras allá, tan numerosas tribus de guerreros desde las naves y las tiendas delante de la profunda costa desfilaban en compactas escuadras hacia la asamblea. En medio ardía la Fama, mensajera de Zeus, instándolos a acudir, y ellos se reunieron. Estaba alborotada la asamblea, la tierra gemía debajo al sentarse las huestes, y había gran bullicio. Nueve heraldos pugnaban a voces por contenerlos, por ver si al fin el clamor detenían y podían escuchar a los reyes, criados por Zeus. A duras penas se sentó la hueste y enmudecieron en los asientos, poniendo fin al griterío.

Y el poderoso Agamenón se levantó empuñando el cetro, que Hefesto había fabricado con esmero. Hefesto se lo había dado al soberano Zeus Cronión; por su parte, Zeus se lo había dado al mensajero Argicida. El soberano Hermes se lo dio a Pélope, fustigador de caballos, y, a su vez, Pélope se lo había dado a Atreo, pastor de huestes. Atreo, al morir, se lo había dado a Tiestes, rico en corderos, y, a su vez, Tiestes se lo dejó a Agamenón para que lo llevara y fuera el soberano de numerosas islas y de todo Argos.



Atenea.

En él apoyándose, dijo entre los argivos estas palabras:

“¡Amigos, héroes dánaos, escuderos de Ares! Zeus Crónida me ha atado fuertemente con pesada ofuscación, ¡el cruel!, que antes me prometió y garantizó con su asentimiento que regresaría tras saquear la bien amurallada Ilio, y ahora ha decidido un pérfido engaño y me ordena regresar a Argos sin gloria, tras perder numerosa hueste. Así parece que va a ser grato al prepotente Zeus, que ha demolido las cumbres de numerosas ciudades y aún destruirá otras, pues su poder es el más excelso. Vergonzoso es que se enteren de esto los hombres venideros: de que tal y tan numerosa hueste de aqueos en vano está combatiendo y luchando en ineficaz combate contra menos hombres, y que el final aún no está a la vista. Pues si los aqueos y los troyanos deseáramos sancionar

con sacrificios leales juramentos y contar ambos bandos, y seleccionáramos a cuantos troyanos hay en sus hogares, y nosotros, los aqueos, nos distribuyéramos en grupos de diez y cada grupo escogiéramos un troyano para escanciarnos vino, muchas décadas carrecerían de escanciador. Tanto más numerosos aseguro que somos los hijos de los aqueos que los troyanos que habitan la ciudad. Mas tienen aliados venidos de muchas ciudades, guerreros que blanden la pica, que me hacen vagar a gran distancia y que me impiden muy a mi pesar arrasarse la bien habitada ciudadela de Ilio. Nueve son los años del excelso Zeus que han transcurrido, y la madera de las naves está carcomida y las sogas sueltas. Nuestras esposas e infantiles hijos están sentados en las salas aguardando, y la empresa por la que vinimos aquí se halla incumplida. Mas, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos: huyamos con las naves a nuestra tierra patria, pues ya no conquistaremos Troya, la de anchas calles.”

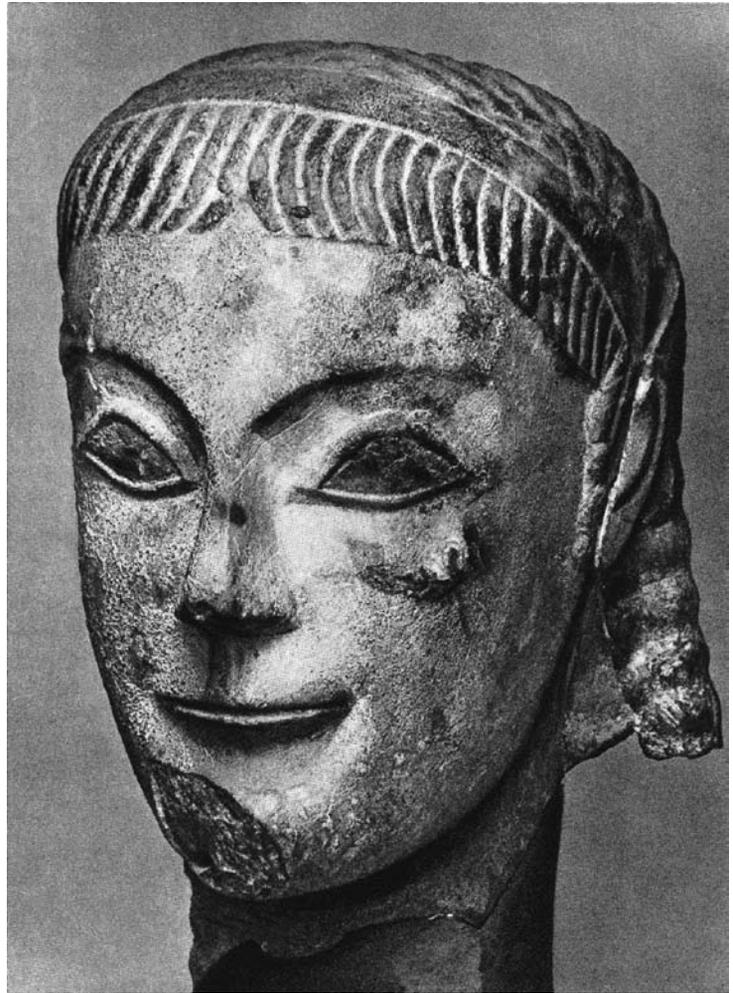
Así habló, y en el pecho se les conmovió el ánimo a todos los de la multitud que no habían asistido al consejo. Se agitó la asamblea como las extensas olas del mar –del ponto icario–, que tanto el Euro como el Noto alzan al irrumpir impetuosos desde las nubes del padre Zeus. Como cuando el Zéfiro al sobrevenir meneaba la densa mies, soplando pujante por encima, y cae sobre las espigas y las comba, así se agitó toda la asamblea. Entre alaridos se lanzaron a las naves, y bajo sus pies una nube de polvo se iba levantando y ascendiendo. Unos a otros se ordenaban echar mano a las naves y remolcarlas a la límpida mar, y limpiaban los canales. Al cielo llegó el clamor de aquéllos, ávidos de regresar a casa. Y quitaban las escoras de las naves.

Entonces se habría producido el regreso de los argivos contra el destino, si Hera no hubiera dicho a Atenea: “¡Ay, vástago de Zeus, portador de la égida, indómita! Así a casa, a su tierra patria, se disponen ya a huir los argivos sobre los anchos lomos del mar y dejarían como galardón para Príamo y

para los troyanos a la argiva Helena, por cuya causa muchos de los aqueos han perecido en Troya lejos de la tierra patria. Ve ahora por la hueste de los aqueos, de bronceínas túnicas, y con tus amables palabras retén a cada hombre y no los dejes remolcar al mar las maniobreras naves.” Así habló, y no desobedeció Atenea, la ojizarca diosa.

Descendió de las cumbres del Olimpo presurosa, y con presteza llegó a las veloces naves de los aqueos. Encontró en seguida a Ulises, émulo de Zeus en ingenio, parado; no había tocado la negra nave, de bellos bancos pues la tristeza le invadía el ánimo y el corazón. Deteniéndose cerca, le dijo la ojizarca Atenea: “¡Laertiada del linaje de Zeus! ¡Ulises fecundo en ardides! ¿Así a casa, a vuestra tierra patria, os disponéis ya a huir cayendo en las naves, de muchas filas de remeros, y dejaríais como galardón para Príamo y para los troyanos a la argiva Helena, por cuya causa muchos de los aqueos han perecido en Troya lejos de la tierra patria? Mas ve ahora por la hueste de los aqueos, no cejes todavía y con tus amables palabras retén a cada hombre y no los dejes remolcar al mar las maniobreras naves.” Así dijo, y él comprendió que la voz de la diosa había hablado.

Echó a correr y tiró la capa, que le recogió Euríbatas, el heraldo itacense que le acompañaba. El, por su parte, yendo al encuentro del Atrida Agamenón recibió su ancestral cetro, siempre inconsumible, y con él fue por las naves de los aqueos, de bronceínas túnicas. A cada rey y sobresaliente varón que encontraba, con amables palabras lo retenía, deteniéndose a su lado: “¡Infeliz! No procede infundirte miedo como a un cobarde; sé tú mismo quien se siente y detenga a las demás huestes. Pues aún no sabes con certeza la intención del Atrida. Ahora nos prueba, mas pronto castigará a los hijos de los aqueos. ¿No hemos escuchado todos en el consejo qué ha dicho? Cuida de que su ira no cause daño a los hijos de los aqueos. Grande es la animosidad de los reyes, criados por Zeus.



Hermes.

Su honra procede de Zeus, y el providente Zeus lo ama.” Mas al hombre del pueblo que veía y encontraba gritando, con el cetro le golpeaba y le increpaba de palabra: “¡Infeliz! Siéntate sin temblar y atiende a los demás, que son más valiosos. Tú eres inútil y careces de coraje: ni en el combate nunca se le tiene en cuenta ni en la asamblea. De ninguna manera seremos reyes aquí todos los aqueos. No es bueno el caudillaje de muchos; sea uno solo el caudillo, uno solo el rey, a quien ha otorgado el taimado hijo de Crono el cetro y las leyes, para decidir con ellos en el consejo.” Así recorrió como caudillo el campamento.

A la asamblea de nuevo se precipitaron desde las naves y las tiendas entre ecos, como cuando la hinchada ola del fragoroso mar en una gran playa brama, y el ponto retumba. Todos se fueron sentando y se contuvieron en sus sitios. El único que con



Apolo.

desmedidas palabras graznaba aún era Tersites, que en sus mientes sabía muchas y desordenadas palabras para disputar con los reyes locamente, pero no con orden, sino en lo que le parecía que a ojos de los argivos ridículo iba a ser. Era el hombre más indigno llegado al pie de Troya: era patizambo y cojo de una pierna; tenía ambos hombros encorvados y contraídos sobre el pecho; y por arriba tenía cabeza picuda, y encima una rala pelusa floreaba. Era el más odioso sobre todo para Aquiles y para Ulises, a quienes solía recriminar. Mas entonces al divino Agamenón injuriaba en un frenesí de estridentes chillidos. Los aqueos le tenían horrible rencor y su ánimo se llenó de indignación. Mas él con grandes gritos recriminaba a Agamenón de palabra:

“¡Atrida! ¿De qué te quejas otra vez y de qué careces? Llenas están tus tiendas de

bronce, y muchas mujeres hay en tus tiendas para ti reservadas, que los aqueos te damos antes que a nadie cuando una ciudadela saqueamos. ¿Es que aún necesitas también el oro que te traiga alguno de los troyanos, domadores de caballos, de Ilio como rescate por el hijo que hayamos traído atado yo u otro de los aqueos, o una mujer joven, para unirme con ella en el amor, y a la que tú solo retenegas lejos? No está bien que quien es el jefe arruine a los hijos de los aqueos. ¡Blandos, ruines baldones, aqueas, que ya no aqueos! A casa, sí, regresemos con las naves, y dejemos a éste aquí mismo en Troya digerir el botín, para que así vea si nosotros contribuimos o no en algo con nuestra ayuda quien también ahora a Aquiles, varón muy superior a él, ha deshonrado y quitado el botín y lo retiene en su poder. Mas no hay ira en las mientes de Aquiles, sino indulgencia; si no, Atrida, ésta de ahora habría sido tu última afrenta.” Así habló recriminando a Agamenón, pastor de huestes, Tersites.

A su lado pronto se plantó el divino Ulises y, mirándolo con torva faz, le amonestó con duras palabras: “¡Tersites parlanchín sin juicio! Aun siendo sonoro orador, modérate y no pretendas disputar tú solo con los reyes. Pues te aseguro que no hay otro mortal más vil que tú de cuantos junto con los Atridas vinieron al pie de Ilio. Por eso no deberías poner el nombre de los reyes en la boca ni proferir injurias ni acechar la ocasión para regresar. Ni siquiera aún sabemos con certeza cómo acabará esta empresa, si volveremos los hijos de los aqueos con suerte o con desdicha. Por eso ahora al Atrida Agamenón, pastor de huestes, injurias sentado, porque muchas cosas le dan los héroes dáñaos. Y tú pronuncias mofas en la asamblea. Mas te voy a decir algo, y eso también quedará cumplido: si vuelvo a encontrarte desvariando como en este momento, ya no tendría entonces Ulises la cabeza sobre los hombros ni sería ya llamado padre de Telémaco, si yo no te cojo y te arranco la ropa, la capa y la túnica que cubren tus vergüenzas, y te echo llorando a las

veloces naves fuera de la asamblea, apaleado con ignominiosos golpes.” Así habló, y con el cetro la espalda y los hombros le golpeó.

Se encorvó, y una lozana lágrima se le escurrió. Un cardenal sanguinolento le brotó en la espalda por obra del áureo cetro, y se sentó y cobró miedo. Dolorido y con la mirada perdida, se enjugó el llanto. Y los demás, aun afligidos, se echaron a reír de alegría. Y así decía cada uno, mirando al que tenía próximo: “¡Qué sorpresa! Ulises es autor de hazañas sin cuento por las buenas empresas que inicia y el combate que apresta; mas esto de ahora es lo mejor que ha hecho entre los argivos: cerrarle la boca a éste, un ultrajador que dispara palabrería. Seguro que su arrogante ánimo no le volverá a impulsar otra vez a recriminar a los reyes con injuriosas palabras.” Así decía la multitud, y Ulises, saqueador de ciudades, se levantó con el cetro en la mano. Al lado, la ojizarca Atenea, tomando la figura de un heraldo, mandó a la hueste callar, para que los hijos de los aqueos, desde el primero al último, escucharan su proyecto y meditaran su consejo.

Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo: “¡Atrida! Ahora a ti, soberano, quieren los aqueos dejarte como el más desmentido entre los míseros mortales, y pretenden no cumplir la promesa que te hicieron cuando aún estaban en ruta hacia aquí desde Argos, pastizal de caballos: regresar sólo tras haber saqueado la bien amurallada Ilio; pues he aquí que como tiernos niños o como mujeres viudas, unos con otros se lamentan de que quieren regresar a casa. Ciertamente que es dura tarea regresar a casa lleno de tristeza; cualquiera que permanece un solo mes lejos de su esposa con la nave, de numerosos bancos, se impacienta, si los vendavales invernales y el mar encrespado lo acorralan. Para nosotros este que pasa girando es ya el noveno año que aguantamos aquí. Por eso no puedo vituperar a los aqueos por impacientarse junto a las corvas naves. Pero, aun así, es una vergüenza aguantar aquí tanto tiempo y volver de vacío. Resistid,



amigos, y permaneced un tiempo, hasta que sepamos si el vaticinio de Calcante es verídico o no. Lo recordamos bien en nuestras mentes, y de ello sois todos testigos, excepto a quienes las parcas de la muerte llevaron. Parece que fue ayer o anteayer cuando las naves de los aqueos se unieron en Áulide para traer la ruina a Príamo y los tróvanos, y nosotros estábamos alrededor del manantial en sacros altares sacrificando en honor de los inmortales cumplidas hecatombes bajo un bello plátano de donde fluía cristalina agua. Entonces apareció un gran portento: una serpiente de lomo rojo intenso, pavorosa, que seguro que el Olímpico en persona sacó a la luz, y que emergió de debajo del altar y se lanzó al plátano. Allí había unos polluelos de gorrión recién nacidos, tiernas criaturas sobre la cimera rama, acurrucados de terror bajo las hojas: eran ocho, y la novena era la

Zeus.

madre que había tenido a los hijos. Entonces aquélla los fue devorando entre sus gorjeos lastimeros, y a la madre, que revoloteaba alrededor de sus hijos llena de pena, con sus anillos la prendió del ala mientras piaba alrededor. Tras devorar a los hijos del gorrión y a la propia madre, la hizo muy conspicua el dios que la había hecho aparecer; pues la convirtió en piedra el taimado hijo de Crono. Y nosotros, quietos de pie, admirábamos el suceso. Tan graves prodigios interrumpieron las hecatombes de los dioses.”

Calcante entonces tomó la palabra y pronunció este vaticinio: “¿Por qué os quedáis suspensos, aqueos, de melenuda cabellera? El providente Zeus nos ha mostrado este elevado portento, tardío en llegar y en cumplirse, cuya gloria nunca perecerá. Igual que ésa ha devorado a los hijos del gorrión y a la madre, los ocho, y la novena era la madre que había tenido a los hijos, también nosotros combatiremos allí el mismo número de años y al décimo tomaremos la ciudad, de anchas calles. Eso es lo que aquél proclamó, y todo se está cumpliendo ahora. Mas, ea, permaneced todos, aqueos, de buenas grebas, aquí mismo hasta conquistar la elevada ciudad de Príamo.” Así habló, y los argivos gritaron –las naves alrededor resonaron pavorosamente a causa del griterío de los aqueos– elogiando la propuesta del divino Ulises.

También tomó la palabra Néstor, el anciano conductor de carros: “¡Qué sorpresa! Realmente habláis en la asamblea como niños chiquititos a quienes nada importan las empresas guerreras. ¿Por dónde, decíme, se irán convenios y juramentos? En el fuego ojalá ya estuvieran consejos y afanes de hombres, pactos sellados con vino puro y diestras en las que confiábamos. Inútilmente estamos porfiando con palabras, y ningún remedio somos capaces de hallar después del tiempo que llevamos aquí. ¡Atrida! Tú, igual que antes, con inquebrantable decisión sigue mandando sobre los argivos en las violentas batallas y deja a éstos, que sólo serán

uno o dos, que sin los aqueos proyecten por su cuenta –nada se les cumplirá– ir a Argos, incluso antes de cerciorarse sobre si es o no mentira la promesa de Zeus, portador de la égida. Afirmo con seguridad que asintió el prepotente Cronión aquel día en que partieron en las naves, de ligero curso, los argivos para traer a los troyanos la matanza y la parca, cuando relampagueó a nuestra derecha dando buenos auspicios. Por eso, que nadie se apresure aún a regresar a casa antes de acostarse con la esposa de alguno de los troyanos y cobrarse venganza por la brega y los llantos por Helena. Si alguno quiere con terrorífica ansia regresar a casa, que ponga la mano en su negra nave, de buenos bancos: así alcanzará antes que los demás la muerte y el hado. Traza, soberano, un buen plan y acata el consejo de otro. No va a ser desdeñable la advertencia que te voy a hacer: distribuye a los hombres por tribus y clanes, Agamenón, de modo que el clan defienda al clan, y la tribu a la tribu. En caso de que obres así y te obedezcan los aqueos, pronto sabrás quién de los jefes o huestes es cobarde, y quién es valeroso, pues lucharán por grupos separados; y sabrás si por deseo divino no vas a asolar la ciudad o por la cobardía e impericia de los hombres en el combate.”

En respuesta le dijo el poderoso Agamenón: “Otra vez, anciano, has superado a los hijos de los aqueos en la asamblea. ¡Zeus padre, Atenea y Apolo, ojalá tuviera yo diez consejeros así entre los aqueos! Entonces pronto se combaría la ciudad del soberano Príamo, bajo nuestras manos conquistada y saqueada. Mas me ha causado dolores Zeus Crónida, portador de la égida, que es quien me arroja entre ineficaces disputas y querellas. También ahora Aquiles y yo hemos reñido por una muchacha con enfrentadas palabras, y yo fui el primero en irritarme. Si una vez llegamos a coincidir en una decisión única, ya no habrá para los troyanos ni la más mínima demora en su ruina. Ahora id a comer, para que luego trabemos marcial

lucha. Bien cada uno afile la lanza, bien colóquese el escudo, bien dé cada uno el pienso a los caballos, de ligeros cascos, e inspeccione bien los lados del carro con miras al combate, porque todo el día tomaremos como arbitro al abominable Ares. Pues no habrá entre tanto ni siquiera el más mínimo descanso, sino la noche, que al llegar separará la furia de los guerreros. Sudará alrededor del pecho el tahalí del broquel, que cubre entero al mortal, y se fatigará la mano de empuñar la pica; y sudará el caballo por el esfuerzo de tirar del pulido carro. Al que yo vea que por su voluntad lejos de la lucha trata de quedarse junto

a las corvas naves, no habrá para él medio de librarse de los perros y de las aves de rapiña.”

Así habló, y los argivos prorrumpieron en gritos, como el oleaje cuando el Noto viene y lo encrespa contra un elevado acantilado, saliente atalaya que nunca dejan en reposo las hinchadas olas que diversos vientos levantan al soplar aquí y allá. Y, levantándose, partieron y se dispersaron por las naves. Ahumaron con el fuego las tiendas y tomaron la comida. Cada uno hizo un sacrificio a uno de los sempiternos dioses, implorando huir de la muerte y del fragor de Ares. ❖

